



4

La gente del pueblo parece tener cierto temor a contar de más. La historia de la estación siempre se ha sabido en el pueblo, pero fue en 2000 cuando un ciudadano francés encontró allí abandonados los documentos que probaban el paso, entre 1942 y 1943, de 86 toneladas de oro nazi robado a los judíos, destinadas en su mayor parte a Portugal. Se empezó a mencionar a Albert Le Lay, el jefe de la Aduana francesa en Canfranc, miembro de la Resistencia, que facilitó la entrada a España de cientos de refu-

giados, muchos de ellos judíos, mientras simulaba colaborar con los nazis. "Por entonces al oro no le dábamos importancia. Toda la repercusión que ha tenido vino después". Lo recuerda Julián Herrezuelo, de 93 años, hijo de guardia civil destinado en la estación. Para los vecinos tenía entonces más interés la comida que pasaba en los vagones de un país a otro. "Mi padre decía que los de Canfranc eran capaces de quitarle las herraduras a un caballo corriendo. Yo recuerdo ir a las vías y salir con los bolsillos carga-



5

dos de latas de sardinas. La piña era buenísima. Lo tenía que dejar todo en la primera habitación de casa para que lo recogiera mi madre sin que él se enterara". Herrezuelo pasea por la estación y cada cosa que ve despierta su memoria. "Este trozo de banderilla quedó hecho añicos cuando unos chavales que jugaban por aquí lo movieron". A Herrezuelo le acompaña Ángel Sánchez, que, a pesar de la nieve, ha salido de casa con un fino forro polar y mocasines: "Veníamos aquí de niños a jugar porque era el único lugar caliente". De acogedor no conserva nada el edificio. Es un lugar frío que únicamente tiene visitable la entrada, y aun así cerca de 40.000 personas acuden al año a verlo. Solo en el puente de la Inmaculada recibió 1.500 visitantes.

Sobre Canfranc se articulan ahora varios proyectos que buscan recuperar el esplendor perdido. Por un lado, la reapertura del tráfico ferroviario transnacional, que acaba